que su divina Magestad hace siempre lo que mas conviene.

CARTA XIX.

DEL MARQUES D.*** A MADAMA DE MONTIER.

SEÑORA Y QUERIDA MADRE MIA: Juzgad de la confianza que tengo en vos por la humilde confesion que voy á haceros. Juzgadlo tambien por la súplica que seguirá á esta confesion; pero ántes de todo permitidme, Señora, que os advierta que serian inútiles todas las preguntas que podríais hacerme para descubrir el orígen de las funestas luces que van á emponzoñar el resto de mi miserable vida.

No he podido interesar el único corazon, cuya posesion deseo; solo el deber me ha unido á vuestra encantadora y virtuosa hija; otro ha hecho nacer en ella los sentimientos que hubieran hecho toda mi felicidad. ¡Ay de mí! Señora, para conocer toda la violencia de los movimientos que me agitan, debo aun confesaros otra cosa. He estimado siempre á la Marquesa como á la mas virtuosa y respetable de todas las mugeres; la he respetado y querido como á mi hermana; pero estos sentimientos no tenian nada de aquellas

pasiones tumultuosas que me agitaron en mi juventud; en una palabra, no estaba enamorado, y á esta desdichada tranquilidad debo atribuir la causa de mi desgracia. ¿Cómo habia yo de inspirar á mi esposa una pasion de que no tenia idea, y que ella no veia en mí? Me hade vuelto el equivalente de lo que yo sentia por ella, y por insípida que fuese una union tal, estos sentimientos bastaban á mi felicidad. Este dichoso tiempo no existe ya; los celos son por lo regular hijos del amor, y ellos son los que han hecho nacer el mio. Apénas supe que habia amado á otro, cuando se encendieron en mi corazon todas las llamas del amor, sin esperanzas de hacerlas pasar á su alma. ¿Os confesaré todos mis crímenes? En los primeros transportes me atreví á acusarla de injusticia. Hice aun mas; gradué de disimulo el desvío que mostraba á Mastrilli; creí que era afectado, mi situacion era demasiado violenta para poder dudar largo tiempo, y creo que la desesperacion hubiera terminado mi vida, si no hubiese creido tener un medio seguro de conocer á fondo sus sentimientos. Sé la entera confianza que tiene en vos, y estando seguro de que su virtud es sublime y pura, pensé que ella buscaria consuelo y socorro en vuestros consejos, en el supuesto de que tuviese que com-

batir alguna inclinacion involuntaria. Es, pues, en la carta que os escribo inmediatamente despues de haber descubierto la turbacion de mi alma, donde busqué luces; seduje al criado que la llevaba al correo, exigí de él que me la diese, pagué el silencio que le pedí de un paso tan opuesto á todos mis principios, y verdaderamente la lectura de esta carta me dió algun consuelo. Me habian asustado con un amor que yo creia que subsistia aun: he descubierto que ha largo tiempo que mi virtuosa esposa le ha combatido; que ella misma ignoraba su existencia, y que fueron vuestros sábios consejos los que se la hicieron conocer. Si un descubrimiento semejante era propio para que mi respeto á ella se redoblase, debia tambien aumentar mi amor, y produjo este efecto. Recobré durante algunas horas un poco de tranquilidad; pero muy pronto vinieron nuevas turbaciones á despedazar mi corazon. ¿Mi feliz rival ha ignorado su fortuna? ¿Tuvo la virtud por principio su repentina ausencia? Y seguro de ser amado, ¿no consintió él en una ausencia tan rigurosa, sino por obedecer á una amante, cuya tímida inocencia estaba justamente alarmada? ¿A quién me dirigiré, Señora, sino á vos, para aclarar estas dudas tan terribles? Sé que conservais cuidadosamente las cartas de

vuestra encantadora hija, que son las que pueden convencerme de que ha sido semejante á sí misma, y no dudo que encontraré en ellas con que curar sospechas que creo injustas, y que me atormentan tanto como si se hubiesen mudado en pruebas. Si me concediéseis esta gracia, os deberé mi reposo; pero si la prudencia os obliga á negármela, no me restará mas que morir, pues que esta recusacion me obligará á creerla mas culpable, que lo que tal vez es en efecto.

Aun me queda otra pena, que siento tanto como la que acabo de deciros. Despues de mi esposa, jamás he amado á nadie tanto como al Conde: nunca la menor nube alteró nuestra amistad, excepto aquel momento fatal en que creí que se burlaba de mí, respecto á la miserable Rosa. Me aseguran que este amigo me hacia traicion, que se abrasaba de amor por la Marquesa, y que debí menos á su amistad que á su amor los esfuerzos que hizo para ponerla al lado de la Reina. Por mas que yo me haya dicho á mi mismo para escusarle que no es posible ver á mí esposa sin adorarla, no por eso deja de parecer á mis ojos un pérfido indigno de mi amistad. Me persuado que si este amor ha existido alguna vez, no es probable que se lo haya dejado de manifestar á vuestra hija, y que encontraré en sus car-

tas con que arreglar los sentimientos que debo tener por él lo restante de mi vida. Sentiria mucho tenerle que aborrecer los pocos dias que me quedan que vivir; por Dios, Señora, justificadle si es posible.

Al leer mi carta, la hallo tan extravagante que me veria obligado á hacerla pedazos si quedase otro recurso á mis males; pero tal es mi situacion, que es menester que perezca, ó que salga de dudas. Encontrareis en el buró de la Marquesa un cofrecito, donde sé que cerró todas vuestras cartas ántes de su partida; no temais forzar la cerradura para tener este cofre, y enviármelo con un propio. Que no se apée aquí, sino que baje al meson; porque me moriria de vergüenza y de confusion, si vuestra virtuosa hija pudiese descubrir mis sospechas.

CARTA XX.

DE MADAMA DE MONTIER AL MARQUES.

¡Cuánto te compadezco, mi querido Marqués! ¡y cómo te echarás en cara el paso irregular á que me obligas por tus injustas sospechas! ¿No podria suceder que tu esposa hubiera tenido que comunicarme secretos de familia, que nadie debiese saber sino yo, y que me obligarias no obstante á descubrirte? Por fortuna, nuestra querida y virtuosa Marquesa no me ha escrito jamás nada de que tenga que avergonzarse, y te encontrarás el mas culpable de todos los hombres despues de haber leido sus cartas. Crees que en tí los celos han precedido al amor; ¡pobre Marqués! es menester que una muger, bastante feliz por no haber jamás conocido las pasiones por experiencia, te instruya de sus efectos, á tí que has sido tantas veces la víctima de ellas. Perdonadme, querido Marqués, esta injuria; estoy verdaderamente irritada de la injusticia que te haces á tí mismo. ¿Dónde has soñado tú que no has estado jamás enamorado de tu esposa? Porque no te ha inquietado el temor de no obtenerla; porque siempre te has creido seguro de su corazon; porque no has temido jamás perderle; y tu amor ha estado tranquilo en el fondo de tu pecho; ¿se debe concluir de aquí que no existia? ¿De qué se hubiera él alarmado? En las circunstancias mas críticas (permíteme que te las recuerde) ¿no has visto tú en tu esposa las señales del amor ménos equívoco? Te quejas de no deber los sentimientos que tiene por tí, sino á su virtud; verás en sus cartas que el despecho la hizo tener una vez el mismo lenguage; pero la circunstancia en que creia ella no tener

por tí sino un amor de pura obligacion, era una prueba constante de un amor mucho mas tierno. Educada por mis cuidados en el hábito de moderar sus pasiones, aunque fuesen tan arregladas que casi daba tentacion de decir que no habia pecado en Adan; no se puede esperar hallar en ella movimientos muy vivos, aun para las mismas cosas que mas la agradan; la razon, la sabiduría, la modestia, la decencia reglan todos sus pasos. ¿Sabes tú lo que solo es capaz de hacerla salir de esta feliz moderacion? El temor del crímen. Sola su sombra la pone fuera de sí: todo lo teme entónces, todo lo exagera, y quien la oyese hablar de sí misma, podria creerla muy culpable. Sin embargo, se hizo justicia á sí propia respecto á la inclinacion que sin saberlo tenia á Mastrilli: verás que no creyó su voluntad cómplice del error de sus sentidos. Pero no quiero prevenirte; la lectura de sus cartas te convencerá mejor de su inocencia, que lo harian los mas largos discursos. Tambien conocerás por ellas el precio de la tierna amistad del Conde para contigo. Es cierto que al principio sospeché yo que él habia proporcionado la ocasion de hacer conocer á la Marquesa el afecto que la tenia; este juicio era perdonable, yo no le conocia, y su perfeccion es tal, que no se puede

creer hallarla mayor en un hombre del gran mundo. Esta que es una escusa legítima para mí, no puede servirte á tí, mi querido Marqués; no se puede sin injusticia quejarse de los sentimientos de un hombre que expone su vida por salvar la de su rival, y aun es mas la de un rival feliz. ¿A dónde hallarás tú un amante que ponga todos sus cuidados en volver un esposo inconstante al objeto de su ternura? Mira, mi querido amigo; mejor te perdonaria yo tus sospechas contra la mas virtuosa de todas las mugeres, que las que has formado en perjuicio de un amigo tan perfecto. No te pregunto de dónde has sacado estas luces, que tú mismo llamas funestas. Ya llegará algun dia, y espero de la misericordia de Dios, que llegará muy pronto, en que tendré necesidad de todo el ascendiente que este Señor me ha dado sobre la culpable, para asegurarla contra los remordimientos que la dará su indiscrecion, aunque haya sido involuntaria. Adios querido Marqués, recobra sobre mi palabra toda tu tranquilidad; serias el mas ingrato de todos los hombres, si no te creyeses el mas feliz, y hay pocos que puedan esperar hallar como tú, una muger que se pueda proponer por modelo á todas las demás, y un amigo que ha hecho revivir en tu favor aquellos milagros

de la amistad que se hacen increibles cuando se leen. Cree tambien sobre mi palabra que siempre has estado enamorado de la Marquesa. Lo mas que puedo concederte, es que tu amor estaba dormido en una bonanza demasiado contínua, y que era menester un viento de celos para despertarle. Mira; estoy tan segura del corazon de mi hija que no solicito que alejes á Mastrilli: puede verle impunemente, te lo aseguro; á ella no se lo diré; porque una muger debe tomar cien precauciones inútiles ántes que faltar á una que seria necesaria; me alegro infinito de que tenga terrores pánicos en este particular, y no procuraré jamás acostumbrarla, no digo al peligro, pero ni aun á la sombra de él. Hubiera debido principiar esta carta por darte gracias de la confianza que me has hecho; pero maliciosamente pienso que estás como una pobre alma en pena, y que es por pura necesidad por lo que me has hecho tu confidente: no trato esto aquí, como ves, con mucha gravedad, porque no temo que siga tu enfermedad, y el cofrecito que te envío donde he metido mis respuestas, te curará radicalmente, á no ser que estés en un estado semejante al de mi pobre Condesa. Forcé el buró de buena gana, y no tengo el mas ligero escrúpulo de la traicion que hago á la Marquesa.

CARTA XXI.

DE MADAMA DE MONTIER AL CONDE DE.****

Recibirás esta carta por un camino extraordinario, mi querido Conde, porque es de la última consecuencia que nadie sepa que te he escrito. He descubierto, en fin, el orígen de la tristeza que hace algunos dias agobia á nuestro querido Marqués, y creo haber encontrado un remedio eficaz: sin embargo, en la incertidumbre en que estoy del efecto que producirá, (porque las violentas pasiones se irritan algunas veces con lo que deberia curarlas) en esta incertidumbre, digo, me veo en la necesidad de prevenirte. El Marqués no ignora ya los sentimientos que has tenido en otro tiempo por su esposa, está instruido además de otro secreto mucho mas fatal á su reposo. Si por una desgracia que yo no me atrevo á preveer, los medios que empleo para volverle su tranquilidad, produjesen un efecto contrario, ármate de una paciencia á toda prueba, y de una dulzura inalterable; es una cabeza enferma, y un corazon herido que piden el mayor cuidado. Como él no ignora ninguna de las cosas que han sido la resulta de tus antiguos sentimientos por la Mar-

quesa, si te pregunta algo sobre esto, no uses de restriccion alguna, y confiésale francamente la aventura del baile del mismo modo que me la contaste á mí; él hallará en la conformidad de nuestros testimonios con que asegurar su delicadeza alarmada; sobre todo, nada olvides para que no llegue á saber todo esto la Marquesa, porque su corazon se despedazaria, si pudiese sospechar ciertos pasos que he tenido precision de dar. ¡Ay de mí! El mio está sumergido por el dolor, y me ha sido necesario, escribiendo á nuestro querido Marqués, aparentar desembarazo. Todas vuestras penas diversas se han reunido en mí, y creo que no me seria posible llevar mas: ¿qué digo yo? Si una fuerza estraña, y que me viene de lo alto, no fortaleciese mi alma, sin duda se rendiria. Si solo se tratase de mi ceática, no me impediria ponerme en camino para ir á mezclar mis lágrimas con las vuestras, pero me detiene el Marquesito; no está en estado de seguirme aunque se halle infinitamente mejor, y no debo abandonarle. Espero siempre que el correo que aguardo contando los minutos, me traerá noticias consolatorias, y desde el fracaso que os acaeció, no he recibido carta que no haya agravado mi pena. Sé que las tuyas no son chicas, y conozco todo el

precio de la discrecion que te ha impedido procurar aliviarlas diciéndomelas á mí: esto es, no obstante, llevarla demasiado léjos, querido hijo mio; usemos del solo alivio que Dios nos ha dejado, y cesa de temer causarme nuevos tormentos, confiándome los que te oprimen. La medida está llena: no obstante, me atrevo á prometerme que aun le cabe algo sin que se derrame. La filosofía por sí sola no puede obrar este milagro; si yo no tuviese mas que su apoyo, te diria, basta, y pienso haberlo dicho así al principio de esta carta; pero fué una ingratitud de mi parte, pues el que fortifica mi alma puede dar lo mas como lo ménos, y si aumenta mis penas, tambien aumentará mi valor.

CARTA XXII.

DE LA MARQUESA A MADAMA DE MONTIER.

Cuando os escribí mi última carta, querida madre mia, creía que mis males habian llegado á su último periodo, y estaba tan oprimido mi corazon, que no pensaba pudiese soportar mas sin dividirse; pero ¡oh Dios mio! ¡cuánta capacidad tiene él para sufrir! Parece que se dilata, y se extiende para prestarse al dolor, y diria que ca-